This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

868
C42d0
P46

A 853,425

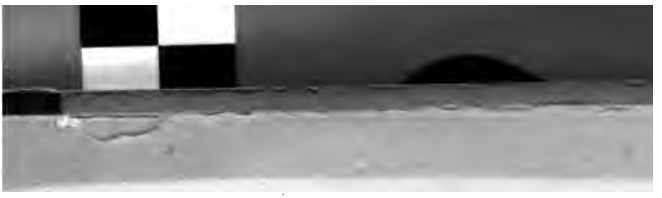
PROPERTY OF
The University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

CERVANTES

HOMENAJE Á ESPAÑA EN EL TERCER CENTENARIO
DE LA PUBLICACIÓN DE «EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA»

POR VÍCTOR PÉREZ PETIT

549



CERVANTES

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La libertad de testar y la legítima (agotada) . .	1	vol.
Zola (agotada)	1	»
Los Modernistas (2.ª edición)	1	»

PRÓXIMAS Á APARECER

El Parque de los Ciervos.	1	vol.
Gil (novelas y cuentos)	1	»
Almas inquietas	1	»
Los realistas	1	»

EN PREPARACIÓN

La joven América	1	vol.
La Ciudad del Espíritu	1	»
Los idealistas.	1	»

VÍCTOR PÉREZ PETIT

CERVANTES

(Homenaje á España en el tercer centenario de la publicación de «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha».)

MONTEVIDEO
IMPRENTA ARTÍSTICA, DE DORNALECHE Y REYES
Calle 18 de Julio, núms. 77 y 79
1905

868
C42d0
P46

7 30672-013

CERVANTES

I

El hombre y el medio

Trescientos años ha, en un perdido rincón de la Mancha, de cuyo nombre no quiere acordarse el príncipe de los ingenios castellanos, mas que no ha escapado á las investigaciones de críticos husmeadores y polvorientos archiveros, un hombre alto y delgaducho, un si es no es cargado de espaldas, de cabello castaño y barba á la usanza del tiempo de Felipe II, yacía en una mazmorra «donde toda incomodidad tiene su asiento», purgando el delito de haber molestado á varios vecinos morosos en el pago de los diezmos á la dignidad del gran priorato de San Juan, según el honrado decir de Navarrete, y según la crónica escandalosa de los Zoilos que revuelven infolios y compulsan sellados de oficina, por haberle dicho á una mujer del Toboso una gracia picante, de la que resultaron malferidos parientes y amigos interesados; y como largas y amargas fueran las horas para el infeliz prisionero, á quien si faltaban buenas doblas de oro ó mejores manos amigas que de aquel trance lo sacaran, sobrábanle en

cambio talentos y virtudes, fuése amoldando á su descastada suerte y á poner reparo en su aburrimiento, con lo cual dió en escribir y escribió la prodigiosa historia de un sin par caballero andante, espejo de leales amadores y flor y nata de hidalgos esforzados y valientes—portento artístico de tan grande valía, que, después del canto secular de Homero, acaso mayor no hayan oído los asombrados siglos presentes y pretéritos.

Desde fines del año 1598 hasta principios del de 1603, la vida de aquel hombre se corrió trashumante por la Mancha, y vanos han sido los esfuerzos de los historiadores para averiguar los detalles que acaso nos revelaran el secreto de la concepción de obra tan genial. Sea como fuere, en ese lapso de tiempo nació y se desarrolló la historia del andante caballero, y en la casa de Medrano, entonces cárcel del poblado de Argamasilla, tuvo remate y feliz término la primera parte de las aventuras del paladín de la sin par Dulcinea, devolviendo así al solariego villorrio nombradía y prez imperecederas quien de él no recogió sino amarguras y vejámenes sin cuento.

Aquel hombre era Miguel de Cervantes Saavedra, y aquella historia la del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.*

¡Triste recompensa, en verdad, la que suelen dar los hombres á los que les procuran la luz del alma y el bienestar del cuerpo! ¡Amargo premio el que reciben en vida estos seres que dan toda la suya para regenerar la humanidad y hacer inmortal la memoria de una nación ingrata! No de otra suerte nos habla la historia con sus labios fríos y sinceros; y así, con sólo oirla, podemos ir acopiando enseñanzas que, si mucho asombran nuestros oídos, más todavía amargan el corazón.

Desde el comienzo de las edades (en aquellos grandes días en que la humanidad estaba en la infancia y sobre la tierra se rizaba aún el aliento creador de Jehová), el desagradecimiento para el Gran Benefactor alza cabeza y muestra su mueca asquerosa. El pueblo de Dios no paga á Dios el haberle hecho á su imagen y semejanza; antes bien, se lanza en brazos de la impiedad y en sus altares arden holocaustos á dioses extranjeros. Y es en vano entonces que profetas y mesías le llamen á la senda del deber y le atemoricen con la destrucción de los pueblos y la ruina de los imperios: su alma está seca para la gratitud y sus sentidos muertos para la verdad. De tal manera, Jehová se ve en el duro trance de castigar á sus propios hijos, y su azote flagela el haz de la tierra. El Diluvio, primero, no respeta sino al último de los diez patriarcas y á su familia; la tierra de promisión no es concedida á Moisés, por haber dudado un día, contaminado por su propio pueblo en el desierto, sino á Josué, que hinchó con el soplo de la fe las trompetas sagradas ante los muros de Jericó; el hijo de Salomón, Roboam, ante el descontento de las diez tribus, olvidadizas de la gloria que á la Judea dió el hijo de David, se ve derrocado por Jeroboam; y el imperio, finalmente, tras los desórdenes y apostasías del reinado del último descendiente de Jehú, es reducido á cenizas por Salmanasar. El reino de Judá purgó también sus impiedades é ingratitudes. Desde Roboam hasta Eliacim ó Joaquín, no hubo más que un rey, Josías, que acatara la ley de Dios, y el profeta Jeremías tuvo tarea para rato con sólo predecir y llorar los males que afligirían á su pueblo. Por tal modo, el castigo divino no se hizo esperar más, y durante el reinado del hermano de Joachas, Nabucodonosor, rey de Babilonia,

cayó sobre Jerusalén, cautivó sus habitantes y entre ellos al profeta Daniel, si no es flaca nuestra memoria. Ciro el Grande les devolvió más tarde la libertad, consintiéndoles reedificaran su templo, y los judíos volvieron á sus lares; mas volvieron también á la impiedad, que pueblo más desagradecido con su creador no han visto las estrellas sobre la faz de la tierra, y andando los tiempos, á la manera de un desafío colosal á la cólera celeste, crucificaron sobre el Gólgota al Hijo de Dios, al Dios hombre, al dulce y pálido filósofo cuya doctrina de paz y misericordia cruzó el vendaval de las persecuciones romanas para llenar, durante diez y nueve siglos, de consuelo y esperanza el corazón angustiado de los hombres. Mas el pueblo deicida sufrió el último castigo: sin patria, sin hogar, sin honor y sin esperanza, anda errante por los ámbitos de la tierra, perseguido sin segundo por la sombra augusta y vengadora de una cruz levantada en la cumbre del Gólgota.

No menos ingratos fueron otros pueblos con sus bienhechores, y tristes son también los juicios que la historia deja caer de sus labios fríos y sinceros. La tierra de oro que vivió siglos de grandeza mecida entre el mar Egeo y el mar Jónico, pagó con ingratitudes y crueldades los beneficios y glorias que la brindaran sus más preclaros hijos. Solón se vió perseguido por el pueblo á quien había dado sabias leyes, y la tiranía del solapado Pisistrato le condujo al destierro. Milcíades, el héroe de Maratón, fué condenado á ser arrojado al lago, pena de muerte aplicable á los malhechores; pero la virtud de unos pocos ciudadanos logró hacerle conmutar la pena capital por la de prisión perpetua, y así fué cómo en una cárcel murió el heroico triunfador de los Persas. Arístides, á quien llamaban *el justo*, cayó también

en desgracia y fué á purgar en el destierro el gran delito de haber servido honradamente á sus conciudadanos. Temístocles, el vencedor de Salamina, conoció el camino del destierro, y en la corte de Artajerjes encontró los honores y el respeto que le negaron atenienses y lacedemonios. Cimón, que había arrojado á los persas de toda la región que media entre la Jonia y la Panfilia y que en el Eurimedón destruyó la flota enemiga; Cimón, que había fortificado el Pireo, conquistado á Naxos y embellecido á Atenas con suntuosos palacios y magníficos jardines, fué condenado al ostracismo como los anteriores. Tucídides y Pericles sufrieron afrentas del pueblo que ilustraron: el uno conoció la expatriación; el otro la vergüenza de un tribunal de mil y quinientos jueces para rendirles cuentas de las sumas invertidas en hacer grande á su patria. Alcibíades fué deshonrado públicamente por sus compatriotas cuando se le envió el navío sagrado de Salamina, que sólo tenía el encargo de traer á sus jueces los grandes traidores de la patria; y haciendo más amargas sus crueldades cuantos mayores fueron sus méritos al regresar á Atenas y combatir contra Lisandro, le desterraron por segunda vez y pidieron al sátrapa Tisafernes que le hiciera dar muerte. Epaminondas y Pelópidas fueron vejados por los tebanos, y sólo el recuerdo de Leuctres salvó á aquél de los ataques é invectivas del retórico Menéclides.

É igual cosa, semejantes ingratitudes, tamañas crueldades nos repite la historia del pueblo de Rómulo. Servio Tulio, el gran rey, es asesinado por los patricios en la *Via Scellerata:* el carro de la mujer de Tarquino aún obsesiona á los parricidas. Camilo, el vencedor de Veyes, el triunfador de los Equos y los Volscos, es desterrado por sus compatriotas. Aníbal,

PROPERTY OF
The University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

l desprecio del monarca. En el villorrio, cuando en l ejercicio de su mísero empleo de recaudador de entas y diezmos, topó con la gente alguacilesca por ıimio desaguisado, el pueblo le injuria y le persigue; · en la capital, al solicitar del rey un destino en las ndias para salir de la miseria y ganar un trozo de ıan para su familia, el sombrío Felipe II escribe al ie de la solicitud: «no ha lugar», rechazando así al ue con las armas del soldado había defendido su orona en la batalla de Lepanto, al que con la plu-ıa del artista había dado á las Españas la gloria ınmarcesible del *Quijote*.

Gran carácter y gran corazón debían anidar en quel hombre para no desmayar un segundo sobre as ásperas rocas que sembraban su camino. Gran uerza de voluntad y gran resignación cristiana de-ıían alentar en aquel pecho de hidalgo, para olvidar os desencantos de su vida y luchar por el triunfo de u ideal. Su historia es una historia de sinsabores y ıenalidades, una gran noche negra de martirio y des-ngaño, donde refulgen más los astros de su bondad limitada y de su ilimitado talento. En breves ras-;os, y con la ayuda de Aribau —el cronista más fiel · minucioso que al respecto pudiera consultarse— ·amos nosotros á contar esa historia.

Nació Miguel de Cervantes Saavedra en Alcalá le Henares, en octubre de 1547. Fueron sus padres Rodrigo de Cervantes y doña Leonor Cortinas, am-ıos de preclara estirpe. Su abuelo paterno, don Juan le Cervantes, fué corregidor de Osma, y descendía lel antiguo alcaide de Toledo don Alfonso Nuño, ;uya rama, á su vez, estaba ligada á los reyes de Castilla por parte de la segunda mujer de Juan II.

Los padres de Cervantes, á pesar de su clara pro-ıapia, habían venido á menos; razón por la cual no

pudieron dar á su hijo Miguel, que era el menor de los cuatro habidos en matrimonio, los cursos que requerían sus precoces disposiciones y sus sanos deseos de estudio. Afirman algunos que cursó en la universidad de Alcalá, pero el hecho no está comprobado, como no lo está el que Hoyos fuera su maestro.

Lo que sí consta fehacientemente, es que en el año 1569 salió de España Cervantes, dirigiéndose á Roma y en compañía del cardenal Aquaviva, legado del papa. De este viaje arrancan las más grandes desdichas que ensombrecieron la vida del genial creador del *Quijote*.

El viaje á Italia abrió, indudablemente, grandes horizontes al futuro escritor, y le permitió, también sin duda alguna, conocer y tratar esclarecidos ingenios y altos dignatarios de la corte pontificia.

Pero dado el carácter y temperamento de Cervantes, difícil era que por mucho tiempo acompañara al cardenal; y así no nos debe asombrar que á la vuelta de un año le encontremos sirviendo de soldado en una compañía del capitán Diego de Urbina, del famoso tercio de don Miguel de Moncada,—según así mismo él nos lo narra en la historia del Cautivo interpolada en el capítulo XXXIX y siguientes del *Quijote*.

El año siguiente formaba parte de la dotación de una galera, *La Marquesa;* y allí le sorprendió el día 7 de octubre, que fué el en que se libró el combate memorable de Lepanto. Enfermo y maltrecho como se encontraba en su camarote, solicitó de Urbina el permiso para ocupar su puesto de soldado, y tan vehementes y vivas fueron sus instancias, que aquél, tras repetidas negativas, no pudo menos de avenirse á lo que tan calurosamente se le demandaba.

Dirigiendo un puñado de soldados puestos á sus órdenes, mostró la entereza de su espíritu y el denuedo de su brazo, entrando por lo más recio de la sangrienta lucha como un león, y recibiendo un arcabuzazo en el pecho y otro en la mano izquierda, que le quedó inutilizada para siempre. Con heridas tan gloriosas volvió á su camarote, cuando la victoria cubría sus alas sobre la flota española.

De 1572 á 1575 sirvió en el tercio de don Lope de Figueroa, tomando parte en la jornada de Navarino, y luego requirió licencia de don Juan de Austria para regresar á España.

Así que ésta le fué otorgada, embarcóse con su hermano Rodrigo y otros más en la galera llamada *Sol*, la cual, apenas salida de Nápoles, se vió rodeada por la escuadrilla pirata de un renegado albanés, el Arráez Dali Mamí. Aprehendidos en seguida, fueron á sufrir su cautividad en Argel.

Alma de bronce era el alma de Cervantes, y fuerza era, siendo esto así, que no se amoldara á la coyunda del cautiverio. Desde aquel punto y hora, recuperar su libertad fué todo su pensamiento. La historia de sus evasiones es verdaderamente conmovedora.

Burlando la vigilancia de que era objeto, fugóse Cervantes con otros cautivos y tomó el rumbo de Orán para salir con bien de su empresa. Pero el moro que había tomado por guía le abandonó tras larga jornada, viéndose obligado á regresar á Argel, donde fué castigado severamente.

Sabedora, entretanto, la familia de nuestro héroe de su cautiverio, púsose á la obra para reunir la suma que pagara el rescate exigido por Dali Mamí. Los últimos bienes de la pobre familia fueron vendidos, excitóse la caridad de parientes y vecinos, y vínose á cabo de una cantidad de dinero que se pre-

sentó al arráez. Pero éste, que ya le había echado sus puntos á Cervantes, creyéndole un personaje por las consideraciones con que le trataban los demás cautivos, dió en exigir una suma más crecida, y la que hubo de la familia de Cervantes para rescatarle, la aplicó á su hermano Rodrigo. Recobrada por éste la libertad, se dirigió luego á Valencia para preparar la embarcación que, según las instrucciones que le diera Miguel, debían facilitar su fuga.

Cerca de una casa de campo del alcaide Azán, á tres millas de Argel, había una cueva, á la cual fueron á refugiarse por la noche Cervantes y otros compañeros para esperar el arribo de la fragata. Pero cuando ésta se acercó á la costa al oscurecer, fué sorprendida por unos moros y hubo de huir á toda vela. Su capitán, un tal Viana, marino valiente y leal, no desamparó á los fugitivos; antes bien, dió un rodeo y volvió á la costa cerca de la media noche. Mas ya los moros estaban prevenidos, y, tendiéndose en emboscada, capturaron la galera y todos sus tripulantes.

Perdida toda esperanza de salvación, presentáronse los fugitivos, asumiendo Cervantes ante Azán-Bajá toda la responsabilidad de la huida. Vanas fueron las amenazas para hacerle confesar al héroe los nombres de los confabulados en su plan, y tuvo el renegado griego que contentarse con declararle su esclavo y mandarle encerrar en su baño.

«Tantos peligros milagrosamente esquivados — dice en este punto Buenaventura Carlos Aribau — infundieron en el ánimo de Cervantes mayor precaución, pero no lograron extinguir la sed de libertad que de día y de noche le abrasaba. Trabó amistad con un renegado natural de Osuna, llamado Girón entre los cristianos y Abdaharramén entre los moros,

al cual deseaba volver al seno de la Iglesia. Persuadióle á que adquiriese y armase una fragata, bajo el pretexto de hacer el corso, y que en ella huyese de Argel, llevando consigo una porción de cautivos de lo más florido. Para reunir fondos se recurrió á un mercader valenciano, establecido en aquella plaza y llamado Onofre Exarque, el cual, en efecto, aprontó más de mil trescientas doblas, con las cuales y otros recursos se acudió á lo más necesario. Ya estaba todo dispuesto: sesenta cristianos debían romper sus grillos; pero aun entre ellos hubo un Judas. Era éste Juan Blanco de Paz, que se titulaba doctor, y había sido religioso dominico, y que así que supo el proyecto, cometió la villanía de delatarlo al rey Azán, de quien recibió por todo premio un escudo de oro y una jarra de manteca.»

Hago la cita textualmente, más que por los datos precisos que encierra, por ser un testimonio de la felonía de Juan Blanco de Paz. Y cito y repito este nombre, porque hay nombres infames que la posteridad olvida y que conviene recórdar de cuando en cuando á la posteridad, para que, recordados, sean befa y ludibrio en boca de magnates y plebeyos, de honrados y pícaros.

Pero volvamos á la evasión de Cervantes. Descubierta la trama por el rey moro, quiso sorprender á los fugitivos en el acto de la huida; mas no anduvo mejor callada la sorpresa del rey que lo estuvo el complot de los cautivos—y así éstos llegaron á saber, antes de intentar nada, que su plan estaba muerto. Asustóse Exarque, viendo comprometidas su vida y su hacienda, y vino en ofrecer á Cervantes el precio de su rescate, para que, al salvarse á sí mismo, le salvara á él de tan crítica situación.

Con nobleza de alma sin par rechazó Cervantes

la tentadora proposición, aduciendo que no podía abandonar á sus amigos; tranquilizó al mercader prometiéndole que ni el tormento le arrancaría una palabra, y huyó del baño, amparándose en la casa del alférez Diego Castellano. Mas como oyera un día pregonar su fuga é imponer pena de la vida á quien le ocultare, salió del escondite, no queriendo comprometer al amigo, y fué á presentarse al rey.

Así volvió á su cautividad y así terminó esta intentona de huida, no menos accidentada y dramática que las anteriores.

Finalmente, la infeliz madre de Cervantes, ya viuda, se presentó á los Padres de la Redención, entregándoles la suma de trescientos ducados, que á duras penas y á fuerza de dolorosas privaciones pudo reunir, encareciéndoles se trasladaran á Argel y rescataran á su hijo. Fueron los padres trinitarios Fr. Juan Gil y Fr. Antonio de la Bella, logrando, después de mil peripecias y dificultades, que estuvieron á punto de dar todo por fracasado, rescatar al cautivo por el mismo precio de quinientos escudos en que Dali Mamí lo había vendido á Azán-Bajá.

El 19 de septiembre de 1580 recuperó Cervantes su libertad, y aun pisaba el suelo argelino, cuando aquel mismo Juan Blanco de Paz trató de desacreditar y] que antes había traicionado y vendido. Tuvo ('a el buen acuerdo de producir una información de stigos, que, al decir de Aribau, existe original en el Archivo general de Indias, en Sevilla. En ese documento constan las declaraciones de los cautivos más caracterizados que había entonces en Argel, justificando la virtuosa conducta de Cervantes. «En efecto, añade Aribau, no perdió ocasión de alentar á los renegados, medianamente predispuestos, para que volviesen á sus antiguas

reencias, tímidamente abandonadas; trataba á todos on una gracia particular, que le conciliaba el afecto e cuantos le conocían; con lo poco que podía re- ocger socorría liberalmente á los más necesitados; xhortaba á los pusilánimes, flacos y tibios; cumplía on los deberes de la religión, y componía versos, lgunos de ellos sobre asuntos de piedad.»

Vuelto á la patria en abril de 1581, no encontró, pesar de sus hazañas de Lepanto y Navarino, iedios decorosos de vida, y, para no morir de ham- re, sentó plaza de simple soldado. Afírmase que or estos tiempos fué cuando tuvo relaciones amo- osas con una dama portuguesa, de quien hubo una ija natural, que se llamó doña Isabel de Saavedra.

Desencantado del servicio militar, volvió á Es- aña en 1583, donde publicó *La Galatea;* y al año iguiente contrajo matrimonio en Esquivias con doña Catalina Palacio Salazar y Vozmediano, que le llevó n dote quinientos ducados. Por los años de 1585 1586 publicó unas treinta comedias. Logró más arde, gracias á la buena amistad de don Diego de Valdivia, alcalde de la audiencia de Sevilla, el cargo le comisario de provisiones para la Armada, y por ecesidades del empleo hizo diversos viajes por la Andalucía.

En 1590, conociendo que se acercaba su cesantía, lirigió al rey un memorial pidiéndole, como recom- ensa á sus servicios militares, un cargo de los que e hallaban vacantes en Indias. Recién en 1593 re- olvió Felipe II la petición con un «no ha lugar»; el manco de Lepanto vióse andando por Madrid Granada á la caza de un bocado de pan. Comi- ionado al fin por el Consejo de Contaduría para obrar créditos, anduvo por pueblos y villorrios me-

tido en pleitos y embargos—oficio que tanto reñía con sus naturales aficiones.

Una rendición de cuentas, una prisión, un fallo absolutorio, la amistad y trato con los líricos, comediantes y escritores más conocidos de la época, ajetrearon su vida por entonces, y de entonces fué también aquel soneto que escribió con ocasión de la muerte de Felipe II, que tan alta celebridad mereció después y que hoy recuerdan algunos sólo por el estrambote, aunque sin sospechar tal vez que el creador del *Pérsiles* fuera su autor.

Siquiera por su sátira, merece ser recordado aquí:

AL TÚMULO DE FELIPE II

«¡Vive Dios! que me espanta esta grandeza
Y que diera un doblón por describilla:
Porque ¿á quién no sorprende y maravilla
Esta máquina insigne, esta belleza?

¡Por Jesucristo vivo! cada pieza
Vale más de un millón y que es mancilla
Que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla!
¡Roma triunfante en ánimo y braveza!

Apostaré á que el ánima del muerto,
Por gozar de este sitio hoy ha dejado
El cielo de que goza eternamente.

Esto oyó un valentón y dijo: es cierto
Lo que dice voacé, seor soldado;
Y quien dijere lo contrario, miente.

Y luego incontinenti,
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.»

No andan muy acordes los eruditos biógrafos J[illegible]ménez Serrano, Hartzenbusch, Mayáns, Navarr[illegible] Smirke, de los Ríos, Haedo, Pardo de Figueroa, G[illegible]

allardo, Días de Benjumea y otros sobre la fe-
:acta en que Cervantes anduvo por la Mancha.
ı aseguran que comisionado para ejecutar á los
s morosos de Argamasilla — dice Navarrete —
pagasen los diezmos del gran priorato de San
fué atropellado y puesto en la cárcel. »
ına la creencia de que fué en Argamasilla don-
:ealizó el atropello, el hecho de citar el mismo
rete que en aquel pueblo vivía un don Rodrigo
co, hidalgo de sesera reblandecida y con el
ıtaba Cervantes en difíciles relaciones por cierta
que dirigiera á una hermana del trastornado
ero. Sea lo que fuere, parece indudable que fué
por esa misma época que vino al mundo la pro-
ı historia del *Ingenioso Hidulgo Don Quijote*
Mancha.
a dar á la publicidad en 1605 este monumento
literatura castellana, su desgraciado autor hubo
ndigar favores y soportar vejámenes sin cuento.
ibro que hoy honraría con su dedicatoria al
rande de los hombres y al más poderoso de los
sufrió tantas vicisitudes como las que sufriera
or en otros días amargos; y así, tras muchos
ıes y trabajos, volvióse Cervantes á su protec-
duque de Béjar, quien sólo aceptó el padri-
después que el autor dióle lectura del libro
us amigos, regocijados por el gracejo y la fina
que en él florecían.
s otro percance en Valladolid, castigado injus-
ıte con pena de cárcel, volvió Cervantes á Ma-
y reanudó sus trabajos. Tenía ya concluída su
Los trabajos de Pérsiles y Segismunda, cuando
nó de hidropesía. Y el 23 de abril de 1616 mu-
hombre más perseguido en vida por la adversa
ıa y el más glorificado después de muerto.

El mismo día 23 de abril de 1616, dice Víctor Hugo, murió en New-Place Guillermo Shakespeare. El doctor Bowle, notable cervantista, hace notar también esta coincidencia. Sin embargo, ella no es más que aparente, pues no habiendo adoptado aún la nación británica la reforma gregoriana, el día 23 de abril en el calendario inglés de aquellos tiempos correspondía al día 12 del propio mes en el nuestro.

Enterrado Cervantes en la iglesia de las monjas Trinitarias, fueron trasladados sus restos y depositados en la fosa común cuando aquellas religiosas trasladaron su comunidad. Del mismo modo desaparecieron las cenizas de Shakespeare. Un desconocido compró la casa de New-Place y la demolió. Otro quemó su jardinillo. Y el nombre del que había escrito el *Hamlet* desapareció con la casa y el jardín. Las cenizas de Cervantes y Shakespeare no se hallarán jamás; pero sus obras inmortales están ahí para decir á las presentes y futuras generaciones cuán grande fué el genio de los que las crearon, y cuán injustos fueron los hombres que, viviendo con ellos, los desconocieron.

¡Triste existencia la del inmortal creador del *Quijote!* En tierra extraña, en tierra ya amarga por el cautiverio, un Juan Blanco de Paz persigue encarnizadamente al hidalgo caballero; y en la madre tierra, en la tierra querida del poeta, por cuya grandeza diera la sangre de sus venas y todas las claridades de su pensamiento, un desconocido sujeto, bajo el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda, persigue al esclarecido escritor, y no contento con la ya muy grande osadía de robarle la idea y escribir la segunda parte de *Don Quijote*, échale en cara á Cervantes su vejez, su manquedad, sus servicios militares y administrativos, tratando por remate de pro-

sentarlo como émulo, enemigo y envidioso del gran Lope de Vega.

Si la injusticia de un pueblo para con un grande hombre nos llena de dolor, porque esa injusticia es hija de la ignorancia, del error, de la aberración de las multitudes extraviadas — según hacíamos notar al principio de este trabajo, — la injusticia de un hombre solo respecto á ese gran hombre, nos llena de ira, porque esta injusticia es hija de la perversidad, del odio, de la envidia de un ser impotente ó abyecto.

Juan Blanco de Paz es un rufián de la última ralea, poniendo tienda de doctor en difamación para excusar la villanía de sus delaciones. A ese individuo le ha comprado un moro bárbaro por una jarra de manteca. Sus escupitajos no pueden obscurecer una vida de martirios y de grandezas: tanto valiera pretender apagar el brillo del sol con el humo de un cigarro. Es de la raza de los Efialtes; podría también ser un esbirro del Santo Oficio. La bajeza de su alma sólo puede animar una pluma de combate: la que da la puñalada del pícaro. Es un estercolero hecho hombre. Paramos mientes en él por el mal olor que despide. Está juzgado.

Pero el autor del apócrifo *Don Quijote*, el que se ocultó bajo el seudónimo de Avellaneda, es hombre de otra índole y de otras mañas. Pertenece á otra escuela y á otra raza. Su estirpe es más alta y por eso también hace más daño. Desciende directamente de Zoilo, el fustigador de Homero. Tomó lecciones de Cecchi, el insultador del Dante. Es hermano de Shaftesbury, el que llamó bárbaro á Shakespeare. Sus iguales han vivido, antes y después, en distintos países, pero todos han realizado la misma tarea. Morder al genio con el instinto y la ceguedad de un

perro de presa ha sido la misión de esos hombres llamados Moevius, Lander, Green y Freron. Y Avellaneda también ha mordido.

¿Por qué esta guerra y este encono contra los colosos? No se encuentra la razón. Buscarla en la envidia es pueril, cuando tanta distancia media entre el envidioso y el envidiado. Nosotros nos sonreiríamos si una luciérnaga pretendiera competir en brillo con Sirio. ¿Acaso son ros? No, no hay sinceridad cuando se cierran los ojos á lo infinito y se busca con el espíritu las excrecencias y fealdades del microcosmos. ¿Será una degeneración? Tampoco: en esos tristes críticos se advierte algún talento y alguna educación. E con armas templadas en armerías de renombre: alamanca, Oxford, Heidelberg ó Bologna.

Son almas *disolventes;* son la antítesis de la luz; son los precipicios de la conciencia humana. *No comprenden:* he ahí su falta, su crimen, su desgracia. *No ven* al genio, *no le sienten.* Y por eso lo niegan y lo combaten. Tal un hombre que contempla los cielos á simple vista: no ve lo las estrellas y planetas de la primera hasta ta magnitud; las demás que surgen ante la del strónomo gracias al telescopio, no las advierten, y por eso no brillan para ellos: no existen. Pero esos astros colosales sí existen en la Naturaleza, mas su distancia de la Tierra es enorme, fabulosa. Así los genios: de la inteligencia de un Zoilo á la de un Homero hay tanta distancia como la que existe de nuestro planeta á la estrella 70.ª de la constelación Ophiucus.

En cambio, el genio agredido contempla á ese cuzquillo que muerde sus talones y sonríe silenciosamente. Esa sonrisa es un poema. Es la ironía de los dioses. Cervantes, mordido por Avellaneda, no baja

éste para ponerse en jarras y desafiarle como
lurdo. Desde las cumbres luminosas donde ha-
eja caer sus finas ironías como rayos de sol.
l prólogo de la segunda parte del *Quijote*, y ve-
n cuánta donosura y comedimiento, con cuánta
onía y sal ática contesta á su insultador. Si
gravios despiertan la cólera en los más humil-
chos, en el mío ha de padecer excepción esta
» dice Cervantes. Y en efecto, no es sino con
na caridad que enseña al que no sabe, que su
s obra del tiempo y no suya, y que « hase de
ir que no se escribe con las canas, sino con el
limiento, el cual suele mejorarse con los años.»
a cuando narra el cuento del loco de Sevilla,
ernido soplador de perros, ó el de aquel otro
ambién, de Córdoba, que veía podencos hasta
alanos y gozques después que un bonetero le
echo una alheña con una buena vara de me-
nota ira ó despecho en sus palabras, sino la
ana alegría y el más cuerdo ejemplo que pu-
darse á un alelado chiquillo.

es la diferencia: el negro cuervo se ceba graz-
sobre despojos inanimados; el altivo cóndor
esciende de las alturas para hacer sentir su ga-
bre la presa viva.

II

La obra y la crítica

En esa gran noche de la humanidad que abre un paréntesis de misterio en la sucesión de los tiempos, crece y se desarrolla una encina gigantesca cuyas raíces socavan ciudades é imperios, derrumbando creencias, instituciones y principios, y cuyas ramas más altas tocan los cielos, prendiendo de ellas las estrellas como inmensas flores de luz, como esplendorosos frutos del ideal.

El feudalismo, que alcanzó su mayor desarrollo en los últimos tiempos del segundo período de la Edad Media y comienzos del tercero, fué una institución que vino á reformar el concepto de los individuos, de las cosas y de las relaciones entre éstas y aquéllos. La organización de la propiedad, con sus múltiples subdivisiones de alodial, beneficiaria, inmune, recomendada, feudal, etc., trajo la clasificación de las personas en nobles, villanos y siervos. Luego, la organización política del feudalismo señaló los fueros y derechos le los señores, haciéndolos independientes del poder real, concediéndoles la

cultad de hacer sus leyes propias, administrar jus-
cia, establecer impuestos y acuñar monedas.
El gobierno, pues, de las naciones, tal como ha-
ía existido hasta la era de Carlomagno, se eclipsa
on el feudalismo: es el triunfo del individualismo
ermano sobre todos los o :es aportados
or otras razas en aquellos ti pos. La autoridad
el monarca se relaja (en muchos casos es entera-
ente platónica), y en cambio surge la autoridad de
eñoríos que son pequeñas monarquías, cuyos jefes
levan el nombre de duques, condes, barones, obis-
os, abades, etc. Encerrados en sus castillos, que
an verdaderas fortalezas edificadas en cumbres ó
arajes poco menos que inaccesibles, no acatan más
ey que su voluntad y fórmanse un código supremo
caballeresco. Este código encierra tres principios
undamentales: la religión, el individualismo y la
ujer. El cristianismo, que tan hondas raíces echó
n la edad medioeval, puso á Dios sobre la cabeza
e los nobles ensoberbecidos, como el único ser á
uien temían y respetaban. El sentimiento del ho-
or, como síntesis del individualismo más exagerado,
eviste los caracteres de un culto, y en defensa de
l los caballeros feudales cifraban todo su empeño
y rendían toda su sangre. Y la mujer, rescatada al
aganismo por los cristianos, ocupa al fin en la so-
iedad el sitio que por naturaleza hubo de corres-
onderle siempre. El feudalismo hace la *castellana*,
y en el sombrío silencio de los castillos extraviados
n cumbres solitarias ó al través de selvas pavoro-
as, es ella, con Dios, la reina y señora del alma de
os caballeros.

Guerras cruentas y hechos de armas ponen en
ontacto á estos hombres; ofensas y agravios los lle-
an al campo del honor y los miden en justas ca-

ballerescas; amores románticos é ideales cruzan la soledad de los castillos y el misterio de los bosques; hazañas de claro timbre y rasgos purísimos de honor y de fe á la palabra empeñada, dan lustre á los blasones; y luego llegan las cruzadas, esas peregrinaciones fantásticas de todo un mundo, de toda una raza hacia un ideal sagrado y contra otro mundo y otra raza sombría y tenaz.

Andando los tiempos, la imaginación completa y amplifica la obra de los hombres; y esa imaginación es como la de los niños, colosal y fantástica! Los caballeros feudales — que en realidad debieron ser hombres de armas, toscos é ignorantes, membrudos y sudorosos — aparecen como paladines resplandecientes, bellísimos y delicados. Las castellanas — que serían mujeres como las de estos tiempos, con las mismas pasiones y sentimientos — refulgen como soles y tienen en los ojos y en los cabellos la transparencia y el color del ámbar. La fe jurada, el honor empeñado, la lealtad, las buenas formas y modos, la serenidad augusta del lenguaje, crecen también y tienen extraños y desconocidos resplandores. Después, los hechos de armas rebasan los límites de lo posible y se nos representan fantásticos, colosales, espeluznantes. La naturaleza, también, cambia su ser, y en medio de abruptos peñascos ó sobre precipicios horrorosos, levántanse góticos castillos, mientras en la soledad de las grutas y en el misterio de las selvas corren, se aprietan, luchan y se levantan gnomos y enanos, gigantes y fieras, gorgonas y vestiglos, manticoros y catoblepas. Toda la fauna del ensueño, toda la flora del delirio, palpita y cruje sobre esa naturaleza fantástica.

Y surgen entonces las tradiciones y los cantares de gestas — la epopeya popular de los siglos medios

Leyendas de santos, cuentos de hadas, personajes míticos, fábulas y trovas recorren el mundo, sorprendiendo la imaginación popular, amoldándose á las costumbres y usos de otros países, cambiando de forma y alegrando siempre los corazones. La epopeya y la poesía narrativa van emigradas al través de los pueblos, despertando la fantasía de los hombres.

El ciclo del rey Arturo y de los caballeros de la Tabla redonda con la demanda del Santo Grial, sirve de inspiración á los trovadores y narradores. Esa fuente es inagotable. La literatura caballeresca tiene allí su cuna. Luego las cruzadas ponen en contacto á los pueblos entre sí, y los amores de Lanzarote del Lago con la reina Ginebra, de Tristán de Leonís y de la blonda Iseo, los encantos de Merlín y las hazañas de Parcival, son tan populares en Alemania é Italia, como en Francia é Inglaterra.

Las leyendas y epopeyas del ciclo carlovingio no penetraron en España, al decir del competentísimo crítico Gayangos, hasta fines del siglo XV ó principios del XVI; pero las historias arriba citadas eran ya conocidas á fines del siglo XIV. Este género de literatura encontró fértil terreno en la ibérica península, y por tal modo no nos debe extrañar que muy pronto se agotara el Cid y surgieran los personajes imaginarios, cuyas proezas y hazañas nunca vistas llenaron de regocijo y de deleite á los entusiastas españoles.

La *Historia del esforzado é virtuoso caballero Amadís de Gaula*, considerado con razón como el prototipo de tales libros, tuvo inmensa resonancia en España, y no tardaron, por consiguiente, en parecer los imitadores. Un verdadero diluvio de historias de caballerías sucedió al Amadís, prolongándose el en-

tusiasmo hasta el reinado de los Reyes Católicos, durante el cual la pasión pareció aumentarse merced á la invención de la imprenta. Las historias del *Rey Canamor é del Infante Turián su fijo*, la del *caballero Marsindo, fijo de Serpio Lucelio, príncipe de Constantinopla*, remataron en las celebradas de *Tirante el Blanco* y *Don Palmerín de Oliva*.

Palmerín, como antes Amadís, tuvo numerosa descendencia. Por todas partes brotaron Palmerines: al *Palmerín de Inglaterra* sucedieron, entre otros muchos, las aventuras de Primaleón, de Polendos y de Platir. Tan grande y exagerado era el entusiasmo por estas historias, que las cortes tuvieron que tomar cartas en el asunto, mandando, por decreto de 1555, que no se pudiesen imprimir, vender, ni leer semejantes libros en ultramar, y que cuantos ejemplares de ellos se hallasen en la metrópoli fueran quemados públicamente.

No bastó, sin embargo, el rigor del gobierno y de las cortes para concluir con la raza de los Amadises y Palmerines; ni bastaron las críticas y censuras de Melchor Cano, Luis Vives, Venegas, Chaide y Fray Luis de León. Pasión tan honda y enardecida no podía ser muerta sino por el ridículo.

Y esto lo hizo el *Quijote*.

No faltan, en verdad, comentaristas, historiadores y críticos que vean en la inmortal obra de Cervantes una obra simbólica, de gran trascendencia política, cuyos propósitos morales y sociales están por encima de todo encarecimiento. Quién ve en ella un estudio comparado del realismo y del idealismo; quién una sátira contra Carlos V ó Felipe II; quién un proceso á las costumbres de la época y una acusación al Tribunal del Santo Oficio. Otros hallan en el *Quijote* la obra de un descreído, de un ironista, de

un desencantado de la vida haciendo resaltar los contrastes que existen entre la aristocracia y la clase plebeya, entre los prepotentes y los míseros; y otros, en fin, hilando muy delgado, sin ver que en ello se pasan de listos, echan por el campo filosófico y afirman convencidamente, que el libro encierra una doctrina esotérica.

Todas estas deducciones y suposiciones son erradas. Los comentadores y críticos, aguzando el propio ingenio, pretenden hacerle decir al de Cervantes cosas que no pensó, que ni siquiera sospechó. Su propósito, al escribir el *Quijote*, como él mismo lo dice en sus últimos renglones, no es otro que «poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías.» Cervantes halla indignas estas historias de la idea que los originó, porque lo que él combate no es la caballería en sí, sino los absurdos libros que de ella tratan. Una novela heroica donde, sin artimañas ni disparates, sin vestiglos ni gigantes, sin discreteos ni encantamientos, se presentaran las acciones nobles y esforzadas de un caballero perfecto, es decir, cristiano, valiente y comedido, sería el ideal soñado para el cura Pero Pérez—y tal es el juicio de Cervantes. Luego, lo que él combate no es la valentía de los caballeros, ni su magnanimidad, ni su cortesía; como tampoco pretende poner en ridículo las ideas caballerescas del honor, la fidelidad y la castidad. Su propósito es sano y bueno: combate una literatura mala y perniciosa, nada más.

Y si logró su propósito, dígalo la historia. Los Amadises y Palmerines han muerto para siempre, quedando tan sólo en pie como modelo y recuerdo del género, el *Amadís de Gaula*—uno de los tres únicos libros que respetó el propio Cervantes cuando,

en la perquisición hecha por el cura en la librería del hidalgo manchego, lo eximió de la hoguera con estas justicieras palabras del barbero: «... también he oído decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto; y así, *como á único en su arte*, se debe perdonar.»

Sin embargo, hay algo más en el *Quijote* que una simple sátira contra los libros de caballería: si eso sólo hubiera, por muy notable que fuera su belleza artística, no habría logrado la fama mundial que le recomienda. El *Quijote* se ha impuesto á naciones extrañas que no dominan la lengua en que está escrito ni pueden apreciar debidamente el dibujo de los tipos y costumbres anticuados de que trata. El *Quijote* se ha impuesto además á la posteridad, que no tiene por qué prestar mayor interés á ironías graciosas en un momento determinado, ni celebrar agudezas y sátiras de una actualidad que ya no conoce ni siquiera recuerda. Luego, algo más que un vapuleo donoso á la literatura caballeresca debe haber en él, para que pueblos extraños le hayan celebrado entusiastamente y para que el esplendor de su gloria no se haya apagado al través de los siglos.

«Es privilegio de los grandes ingenios — dice Revilla — producir obras de amplio y universal sentido que, franqueando los límites del tiempo y del espacio, extienden su influencia y ostentan su valía en todos los climas y en todas las épocas; obras que en el límite de lo individual reflejan lo que es común á todos los hombres, y vivirán, por tanto, mientras exista la humanidad sobre la tierra; obras, en suma, que no son mero producto reflexivo del entendimiento, sino explosión misteriosa é inconsciente de esa portentosa fuerza que se llama genio.»

En tales obras, los espíritus investigadores y re-

exivos logran desentrañar dos elementos claros y istintos: el propósito inmediato, deliberado, ostenble, perseguido por el autor; y un fin no perseguido or éste, ignorado, si cabe, por él mismo, que brota spontáneo de sus propias concepciones.

El genio tiene extrañas adivinaciones—adivinaiones inconscientes. Así como la estrella da la luz, a flor el perfume y el ave el canto—porque es de u esencia el darlos,—así el genio, sin buscarlo de ropósito, da esas concepciones de carácter univerl que se adelantan al siglo en que vive y son asomro y deleite de las posteriores generaciones.

Muchas veces las adivinaciones y concepciones del enio, ignoradas en su alcance por él mismo, viven ocultas durante largos años; y un buen día, un hisoriógrafo, un bibliófilo ó un erudito, sorprenden la maravilla y la revelan al mundo. El mundo descubre entonces la razón secreta que hizo perdurar el libro; la humanidad sabe entonces *por qué* admiraba una obra que antes sólo admiraba por instinto. Y entonces, según dice el propio Revilla, «cuando el fin concreto que el autor se propuso está cumplido, cuando su obra ha perdido su carácter de actualidad, cuando á no haber en ella más que lo que él quiso que hubiese, dormiría acaso en el polvo del olvido, aparece en todo su esplendor el *spiritus intus* que la animaba, el profundo sentido que en ella se escondía, la trascendental concepción que la hace digna de ser estimada y celebrada en todos los tiempos y que la reviste del carácter universal y humano que, juntamente con la belleza de la forma, da eterna vida á las grandes producciones del arte.»

Comprendiéndolo así, críticos y exégetas han humeado largamente por el *Quijote*, tratando de desubrir los secretos que escondía. Pero en vez de

buscar lo que la obra daba de sí, trataron de s
nar las intenciones del autor. Así falsearon los
cipios apuntados y así es como resultaron en
sus conclusiones.

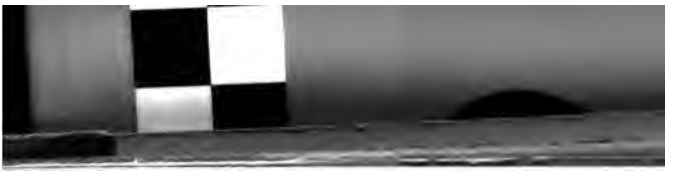
Es absurdo suponer que libro tan grande, d
grande hombre, sea una caricatura cruel de los
temporáneos de Cervantes. Tal suposición con
una obra genial en una charada. Decir, com
dicho alguien, que el licenciado Alonso Pér
anagrama de aquel Blanco de Paz que tales
nías cometió en Argel contra Cervantes; que l
tiras contra los manchegos son una represalia
prisión en Argamasilla; que don *Quijote* es
Alonso Quijada de Salazar, al que así ridiculi
autor porque se había opuesto á su casamient
doña Catalina Palacios, es cosa tan baladí é i
sistente, que no merece refutación. Si el *Quijc*
fuera más que eso, no viviría lo que ha vivido
canzara la fama que ha alcanzado. Hubiera
una obra de actualidad únicamente, y pasada
hubiera muerto sin mayor resonancia. Por otra
los eruditos que tales datos nos suministran, n
dan con ellos la razón del mérito intrínseco del
jote; porque hasta al más infeliz se le alcanz
este libro gusta lo mismo al que ignora tales
lles, aun suponiendo que fueran ciertos.

No menos absurdo parece lo aducido por
críticos, cuando descubren que el *Quijote* es u
tira contra Carlos V ó Felipe II. «Quien
grande—dice Valera, haciéndose cargo de esta
sición—á Felipe III, y le llama grande cand
mente, por el sumo respeto que inspiraban ent
á los españoles sus reyes, no había de tener
idea del invicto César y de su prudentísimo
«La razón más grave en contra de estos com

—dice el propio Valera en otra parte de su dis-
o—es la de que truecan el carácter de Cervan-
eneroso, magnánimo y sufrido en las desgracias,
el de un maldiciente mordaz y solapado.»
ros pretenden que el *Quijote* es la expresión de
spíritu descreído combatiendo subrepticiamente
istocracia y el Santo Oficio. Es éste un gravís-
error y una falsa interpretación. La vida entera
ervantes certifica su religiosidad. Su muerte es
un creyente. Podría demostrarse más aún: po-
fácilmente demostrarse que era supersticioso y
tico á la manera de todos los españoles de la
a. La frase de Don Quijote á los monjes beni-
«Ya os conozco, fementida canalla», y las pa-
s de una dueña en *La tía fingida*, dando á en-
er que nadie pagaba mejor que los canónigos
nos artículos de ilícito comercio, parecen abonar
llas afirmaciones. Pero el mismo autor de *Pepita*
énez se encarga de explicar tales casos: «Cer-
es decía esto por ligereza y sin ánimo de ofen-
aquella clase, que en general respetaba. Una
s sentencias del licenciado Vidriera, de las cua-
arece que hace Cervantes el último extremo de
screción, es que «nadie se olvide de lo que dice
spíritu Santo: *nolite tangere Christos meos.*» Y
lo dijo el licenciado muy subido en cólera y sólo
ue un sujeto tildó de gordo á un fraile. ¿Cuánto
no se hubiera enojado Vidriera con el cuento
lego y los teólogos y con la alta fama de rum-
s que entre las Claudias y las Celestinas supone
rantes que los canónigos gozaban?» Por lo de-
suponer que pudiera hacerse en tiempos de
pe II la guerra, por sigilosa ó subrepticia que
a, al Tribunal del Santo Oficio y á la aristocra-
es de un candor nunca visto. Desde luego, Cer-

vantes no tenía por qué malquerer á los nobles,
tando entre éstos sus únicos protectores y el
alto el conde de Lemos. Su idealización del tip
Quijote, el cariño con que nos describe el géne
su locura, los rasgos simpáticos con que le adorn
nobleza que pone en su alma en medio de su d
río — caso de simbolizar este personaje á la a
cracia, como se pretende — demuestran el mucho
tamiento que Cervantes guardaba á los que se
que zahiere. Y es infantil suponer que el Santo
cio, que tanto cuidaba de ahogar todo pensam
atrevido, todo y cualquier ataque á la religión, n
hubiera percatado de que á él mismo se le fusti
en ese libro. No puede caber duda alguna sob
índole del capítulo LXIX de la segunda part
Quijote: Cervantes jamás lo hubiera escrito y m
publicado, si cualquiera le hubiera hecho notar
aquello podría interpretarse como una burla d
autos de fe.

Tampoco van mejor encaminados los que, d
rienda suelta á sus entusiasmos frenéticos p
manco de Lepanto, ven en Cervantes un divulg
de todas las ciencias y en el *Quijote* algo así
una enciclopedia de todos los conocimientos h
nos. Mas, fuerza es convenir que si en el gran
libro lucen consejas, máximas, enseñanzas y
cipios de diferentes artes y ciencias — generalid
que todo espíritu elevado conoce por intuición
estudio — no debemos concluir de ahí que fue
autor un geógrafo eminente, como lo quiere Fe
Caballero en su *Pericia geográfica de Cervante*
un ético sublime, cual lo desea Gatell en *La n*
del Quijote; ni un sapiente médico, según lo
Hernández de Morejón en sus *Bellezas de Med*
práctica, descubierta en el Ingenioso caballero



Quijote de la Mancha; ni un profundo filósofo, como nos le muestra Federico de Castro en *Cervantes y la filosofía;* ni un sagaz jurisconsulto, cual nos le presenta Antonio M. Gamero en la *Jurispericia de Cervantes;* ni marino, ni teólogo, ni economista, ni militar, ni botánico, según le consideran y le admiran en cada una de esas artes, respectivamente, Fernández Duro, Sbarbi, Piernas, Sandoval y Colmeiro.

Risible parece que haya quien seriamente afirme que tantos y tan variados conocimientos fueran dominados en grado superlativo por quien no les consagró particular estudio y quien no hizo de ellos carrera ni profesión. Esto recuerda el elogio que los atenienses hacían del filósofo Chrysipo de Tarso, quien, por saberlo todo, hasta sabía álgebra, cirugía, astronomía, dialéctica, uranología, jurisprudencia, botánica, náutica, mecánica, teología, hipiátrica, mitología, física, arquitectónica, y además que la tierra era plana, que el fénix de Arabia vive en el fuego, que la sombra de las cigüeñas produce la fiebre, que hay una palabra quiromántica que domestica los osos y otra que mata las serpientes, y que el océano aplaca por la noche los ardores del Sol. Chrysipo era un retórico admirable; pero los griegos hicieron de él un ídolo y le consagraron una estatua que llevaba esta leyenda: «Á Chrysipo, que sabía todas las ciencias.»

El exagerado elogio es limítrofe de la burla; la alabanza infundada confina con el ridículo. Entendiéndolo así, Clarín — uno de los espíritus más amplios y sinceros de la ibérica península — apuntó un día esta idea que he leído no sé en qué artículo suyo, pero que guarda fielmente mi memoria: «Un juicio de Heine sobre el *Quijote*, despierta mi amor patrio y nos hace llorar de entusiasmo, mientras que

la sacrílega gavilla de los críticos cervánticos casi ha puesto en ridículo al hombre más grande de cuantos nacieron en España.»

No seamos, pues, tan zahorís. En vez de echarnos por esos campos de la fantasía tratando de investigar y sorprender las escondidas miras y recónditas enseñanzas de Cervantes, tomemos la buena senda y leamos el *Quijote* sin acordarnos del autor. No será difícil que hallemos rasgos que nos revelen la esencia, el *quid divinum* de ese portento artístico y la explicación de su popularidad y de su gloria. Pongamos, pues, en práctica las ideas que apuntábamos más arriba, y, olvidando lo que Cervantes quiso hacer, veamos lo que Cervantes hizo sin querer.

III

El simbolismo del «Quijote»

No es cosa nueva ni que en manera alguna puede sorprender á los que en achaques literarios son versados, el que un hombre de genio, por esa extraña é inexplicable adivinación que le caracteriza, logre hacer en su obra más de lo que se proponía. Repercutiendo en su sensorio con mayor intensidad que en el común de los mortales las sensaciones que dan los objetos del mundo exterior, sabe y puede aprovechar mejor que la generalidad de los hombres dichas sensaciones para la elaboración de sus ideas. Preguntado Newton cómo había descubierto las leyes de la gravitación, respondió simplemente: «Pensando sin cesar en ellas.» Pero esta respuesta, que certifica, á lo sumo, la paciencia del sabio—paciencia que al decir de Buffón es característica del genio—no expresa acabadamente todo el proceso psicológico que da vida á una idea. Pensando continuamente en los problemas astronómicos, pudo un día llegar Newton á formular la ley de la atracción: «la materia atrae á la materia en razón directa de las masas y en ra-

zón inversa del cuadrado de las distancias;» pero es evidente que para llegar á tan genial y útil descubrimiento tenía como base de sus cálculos las tres leyes formuladas por Képler, las observaciones astronómicas sobre la revolución de los planetas alrededor del sol y la consideración matemática de que un cuerpo *libre* no describe una curva, sino que, dinámicamente, la línea recta es la única que puede seguir. Mas, fuera del estudio y de la reflexión, que son los elementos conscientes y voluntarios del genio, hay la adivinación, que es potencia involuntaria del mismo, por medio de la cual se prevén las consecuencias de una idea, se echan los fundamentos de una reforma ó se abren los horizontes intelectuales de la humanidad.—Esquilo, componiendo el Prometeo, no pretendió otra cosa que dramatizar la leyenda del hombre castigado por el Dios á quien quiso robar el fuego celeste; pero la potencialidad de su genio le dictó, sin advertirlo su propia conciencia, las formas por medio de las cuales su héroe se transformó en un símbolo, y la leyenda pasó á ser una revelación para la humanidad. Gœthe no quiso otra cosa, tal vez, al escribir su Fausto, que contarnos la ya muy conocida leyenda medioeval del viejo doctor vendiendo su alma á Satanás para volver á sus mocedades y al amor; mas, al pasar la leyenda por el crisol de su alma, quedó transformada, sin sospecharlo él mismo, en ese grandioso símbolo que nos representa á los espíritus mal satisfechos por las especulaciones de la ciencia y sedientos de ideal, que van, al través de la negación y la duda, hacia la esperanza y el ensueño, desvaneciéndose éstos apenas cobran forma de realidades. Shakespeare no pretendió en su Hámlet trazar otra historia que la de una antigua conseja, popularísima en su siglo,

que representaba un hijo vengando á su padre por la revelación que le hicieron unos espectros; pero la conseja, al anidar en su alma, cobró alas de cóndor y transformó al príncipe de Dinamarca en la personificación más alta del escepticismo soñador. Lutero quiso restablecer la pureza antigua del cristianismo, y de su discurso en la dieta de Worms surgió la reforma. Colón buscaba un paso para las Indias, sospechando que la tierra era redonda y que las columnas de Hércules no eran el límite del mundo, y dió con las Américas. ¿Qué mucho, pues, que Cervantes, proponiéndose satirizar únicamente los libros de caballerías, haya dado á su obra otros rasgos y caracteres que la posteridad convierte en símbolos?

Un escritor más ó menos discreto se propone narrar una historia y describir los rasgos y peculiaridades de ciertos tipos. Como no le falte espíritu de observación y cierto talento para hilvanar sus frases, saldrá prontamente airoso de la faena, dejándonos contentos con su historia y satisfechos de la fidelidad de sus retratos. Habrá hecho una obra hermosa, sentimental ó burlesca, heroica ó trágica, de estilo ameno y de observación acabada. Será la obra de un hombre de talento, de un gran talento, si se quiere.

Pero otro escritor de genio coge la misma historia y los mismos tipos y se propone narrarlos según aquél lo ha hecho. Y resulta entonces que su manera de ver el mundo y los hombres, su modo de percibir las sensaciones que la naturaleza le procura, el procedimiento que emplea en la manifestación de sus pensamientos, las consecuencias naturales de éstos, proclamados sin atender más que una de sus proyecciones, la forma enteramente humanista con que juzga los hechos y retrata las personas, cambian la

índole del trabajo, le dan un sello de grandeza ticular y universalizan los seres, los tiempos y lugares. La obra escrita no es ya obra que narra hecho local y que sólo entienden los hombres d localidad, sino una historia humana que intere todas las criaturas; no es una galería de tipos re nales ó de un momento histórico determinado, s un kaleidoscopio de seres-ideas cuya humani reconocen todos los pueblos y cuyos símbolos tra cen pasiones, necesidades, voliciones, energías, es ranzas y dolores de toda una raza. Esa es la o que admiran todas las naciones indistintamente; la obra que cruza las edades sin envejecer jam esa es la obra del genio.

Y esa es la obra que ha realizado Cervantes componer su *Quijote*. Antes que él, numerosísim libros de andantes caballeros fueron escritos por tores más ó menos felices, más ó menos discretos en todos ellos no se encontró otra cosa que las av turas prodigiosas y nunca vistas de un hidalgo forzado y enamoradizo. El más saliente de to esos libros, el más acabado, el más artístico, el n perfecto — la historia de *Amadís de Gaula*, de M talvo — no realiza más propósito que el que su au tuvo en vista al escribirle: narrar los combate aventuras del hijo del rey Perión de Gaula, qui al dar su fe y su amor á la sin par Oriana, mo ser modelo de constantes amadores, no sucumbie á los encantos y manejos de la infanta Briolanj de la sobrina del rey de Bohemia, la cuitada G sinda. — Sin embargo, ni en esta historia del ca llero de la Verde Espada, ni en las otras en Palmerines y Lanzarotes andan por esos mundos Dios descabezando endriagos, socorriendo doncel venciendo gigantes y librando combates singula

ncuentra ese humanismo que refleja el *Quijote*
sa universalidad de sentimientos é ideas que
ıtituye su doble fondo y su más claro lustre.
ervantes se propuso representarnos un hidalgo
de tanto enfrascarse en la lectura de los libros
aballería, llegó á perder el seso; mas, al echar
o á la obra y perfilar su Quijote, la pluma que
ía su genio singular fuése trazando rasgos que
sformaron luego al caballero. Y el héroe man-
ro, desde su primera escapatoria, cobra relieves
irables, se crece por momentos y concluye por
ertirse en una humanidad, en un mundo, en una
. No es así don Quijote un hombre determinado,
oco de manía particular, cuya alma y cuyo cora-
son diferentes de nuestro corazón y de nuestro
ritu: don Quijote es ese hombre que va tras un
l y encuentra una desilusión; es ese otro que lu-
por una idea y perece al darle vida; es aquel
más allá que fracasa en todas sus tentativas por
ıdaptarse al medio en que vive; es el otro aún
vive feliz en la ignorancia y se torna desgra-
o al descubrir la verdad; es el niño víctima de
antasía, el hombre esclavo de sus pasiones, el
o vencido por la vida; es, en fin, el símbolo de
s los hombres, porque todos tenemos en el cere-
un ideal irrealizable y en el corazón un senti-
ıto que nunca harmonizará con la realidad. Don
ote se lanza á realizar aventuras que le hagan
o de su ideal, la sin par Dulcinea del Toboso;
sotros todos nos lanzamos á la conquista de los
ıtros con el mismo ardimiento. El ideal de Don
ote es, por ironía de la realidad, una moza labra-
, llamada Aldonza Lorenzo; nuestro ideal es
mujer que nos engaña, un amigo que nos miente,
riunfo que nos avergüenza, una gloria que nos

da hambre, una posición que nos tortura, una
ción que nos empequeñece. Hemos soñado s
ces, poderosos, grandes, y la felicidad, el pod
la grandeza nos resultan humo una vez alcan
¡Y es siempre por una futileza por lo que
derrochado energías, por lo que hemos dad
nuestra sangre!

Don Quijote es el tipo del loco soñador. El g
de su locura no importa: sea su objetivo de
lanza en ristre, cuantos Caballeros de los Esp
crucen á su paso para hacerles confesar la h
sura nunca vista de su Dulcinea, sea el conq
un imperio, la alta banca, el mundo elega
placer, la gloria, el amor — siempre es y será u
que sin medir previamente sus fuerzas, sin co
el mundo en que vive, sin valorar el fin que
gue, cae rendido y desilusionado ante un ído
barro.

¡Cuántas ilusiones perdidas, cuántos negocio
casados, cuántas tentativas inútiles, cuántos e
zos vanos no cuentan los hombres en su vid
haber soñado un instante, por dejarse arrast
una quimera! Y esa es el alma de la humanid
corazón del hombre. Sólo los que no tienen
los que no tienen corazón — es decir, los egoíst
avaros, los imbéciles, los que tienen la noche
cerebro y el desierto en medio del pecho — n
Quijotes. Pero éstos no son hombres: son cosa
quinas, muñecos que marchan derecho á la t
sin haber reído una vez, sin haber llorado j
son seres fríos que alcanzan la meta sin exper
tar una sensación cualquiera; son seres viscos
resbalan fácilmente y ponen la mano encima d
montaña de oro ó de una mujer desnuda, sin
cuenta de que aquél es un medio para recr

erpo y que ésta es una amiga para embellecer el
na. El hombre-Quijote es el que ama, el que
ña, el que vive, el que siente, el que interpreta,
que canta, el que ríe, el que sufre, el que rueda
la ergástula, el que sube al Himalaya de la Di-
a; el no-Quijote es Shylock, es Falstaff, es Gran-
usier, es el hombre de las cavernas disfrazado de
c, es el mentecato que saliva y se queda gozoso
rque ha salivado. Don Quijote es la razón de ser
l hombre en la tierra; es Prometeo escalando los
los para robarle la luz de su inteligencia; es Jesús
biendo al Gólgota para regenerar el mundo; es Juan
uss subiendo á la hoguera para dignificar el pen-
miento humano; es Colón marchando á lo desco-
cido para ensanchar los ámbitos de la tierra; es
apoleón cruzando la Europa como un viento de
mpestad, para abatirse fatigado en Santa Elena;
Leverrier parando el vuelo de Neptuno para de-
strar el triunfo de las matemáticas; es Wagner
spertando los ecos de Bayreuth para oirse llamar
o; es Víctor Hugo escribiendo la *Historia de un*
rimen, y es Emilio Zola defendiendo á un pobre
blo contra un mundo, contra una raza, contra
a una religión. Nada grande, nada bueno, nada
rmoso existiría si no existieran Quijotes en la tie-
a. Un pastor de Caldea mira el cielo y nace la as-
nomía; un pescador de Jonia mira el mar y nace
marina: antes que ellos, muchos contemplaron
olas y los astros; pero uno solo grabó en el gra-
o de Denderah el zodíaco, y uno solo fué el que
dujo á Ulises al través del archipiélago lumi-
so.

El arte y la ciencia han tenido sus Quijotes; por
os Dulcineas más de un noble corazón y de una
ra inteligencia ha dado su propia vida. El Clau-

dio de *L'Œuvre* de Zola ahorcándose frente á s telar, tiene semejantes en la vida real. La químic y la geografía tienen sus mártires. Y, héroes de l vida ó de la imaginación, todos ellos son Quijote

El sentido simbólico, pues, de la obra de Cervan tes, no es una concepción falsa, sino una consecuen cia lógica de la pintura de los caracteres y de l descripción de las aventuras. Lo que dicho qued sobre el principal pr gonista de la novela, pued también aplicarse á los emás personajes. Sancho e la representación del espíritu conservador, positivis ta, mecánico, rutinario, todo dado á la tierra, á la satisfacciones del cuerpo y á las pasiones vulgare Es la negación del Quijote. Dulcinea, que no se en trevé más que un punto, es la encarnación de tod ideal absurdo, de toda esperanza frustrada, de tod finalidad vana ó irrealizable.

Y las aventuras del héroe, su batalla con los mo linos de viento, su hazaña con los leones, su just con el caballero de la Blanca Luna, su visita á l cueva de Montesinos, la pedrea que le armaron lo galeotes, el fandango de la venta por culpa de yelmo de Mambrino, y los cien otros casos gracios simos que se desarrollan, en el libro, tienen la sign ficación alegórica de los obstáculos que la realida presenta al que la desconoce ó la atropella.

Altamente ilustrativos para la idea que se vien defendiendo, son también los diálogos sostenidos en tre amo y criado. Cervantes hace hablar siempre a hidalgo según cuadra á su calidad y locura, y a escudero según su cordura y grosería; pero al ha blar ellos, y á despecho del autor, traducen fiel mente la idea que simbolizan.

El uno ve el miraje, el otro el engaño; vuel aquél por las nubes y éste se arrastra por el suelo;

ıoesía del primero choca contra la prosa del se-
ıdo; la imaginación de don Quijote porfía con el
tido práctico de Sancho Panza. Es un duelo con-
ı entre dos tendencias opuestas, entre dos ideas
trarias, entre dos mundos distintos. El soñador
allero, extraviado en los países del ensueño, es
nado á cada instante á la realidad por el vulgar
ıpesino del asno. Y, como es natural, jamás lo-
n ponerse de acuerdo, como no sea por el come-
ıiento, respeto y simpleza del último. Algunas
es toma la delantera la fantasía del hidalgo man-
go, mas en tales casos es porque la codicia pone
ı venda al buen sentido del rústico, y éste, á su
, se convierte en un Quijote, un Quijote inver-
). Así, por ejemplo, después de la brava y des-
ıunal batalla sostenida entre don Quijote y unos
lejos de vino tinto, el bueno de Sancho anda
ıcando la cabeza del gigante, y la busca tan con-
ıcidamente, que el ventero, dado á todos los dia-
s, le increpa por el desafuero de su amo.

—¿ No ves, ladrón — clama el ventero — que la
gre y la fuente no es otra cosa que estos cueros
ı aquí están horadados, y el vino tinto en que nada
ı aposento! ¡Que nadando vea yo el alma en los
ærnos de quien los horadó!

— No sé nada — respondió Sancho; — sólo sé que
drć á ser tan desdichado, que, por no hallar esta
eza, se me ha de deshacer mi condado como la sal
ıl agua. »

fácil es ver que « estaba peor Sancho des-
to que su amo durmiendo, » que á él la ambición
abía revuelto el buen sentido como á su amo el
bro los ideales caballerescos. Pero ésta es la ex-
ıión, y siempre en Sancho renace Bertoldo, —
el buen sentido, aquella rara penetración que le

inspira, siendo gobernador, para fallar el pleito en el que un viejo sin báculo le reclama diez escudos de oro al otro que traía una cañaheja por tal.

De estos diálogos, en que son materia mil casos y doctrinas diferentes, desde el poder de los encantamientos hasta el honor de las mujeres, brota claro y preciso el contraste del mundo imaginario con el real; y con tal donaire apura la materia Cervantes, que las más de las veces se queda el lector sin saber á quién dar la razón, si al amo ó al criado. Que de otra suerte no se producen en la vida los problemas de moral y las cuestiones de derecho.

Por lo que dicho queda, vemos que el *Quijote* no es tan sólo lo que quiso Cervantes; es decir, la historia de un hombre. Arrastrado por su numen, parte del análisis de un ser para terminar su psicología en el hombre mismo, haciendo una pintura filosófica del mundo, ilimitado, universal.

Y ese es el secreto de la popularidad del *Quijote;* ésa la razón que le ha hecho vivir al través de las edades, al través de las costumbres, al través de las civilizaciones. Habla á todos los hombres y á todos los pueblos, porque ha nacido de la propia naturaleza. Es el libro universal por excelencia. Gusta al niño, á quien hace reir; gusta al hombre, á quien hace pensar.

Jamás hombre alguno ha reflejado sobre su patria una gloria tan grande y única como el autor de este libro maravilloso. España ha tenido un Cid, pero Francia cuenta con un Bayardo; ha tenido un Luis Vives, pero en Alemania nació Kant; ha tenido un Hernán Cortés, pero Portugal tuvo á Vasco de Gama; ha tenido un Calderón, pero Inglaterra se enorgullece de un Shakespeare; ha tenido un Murillo, un Velázquez y un Goya, pero Italia es la cuna